

LA CIUDAD UTÓPICA

Emilio Rodríguez Demorizi

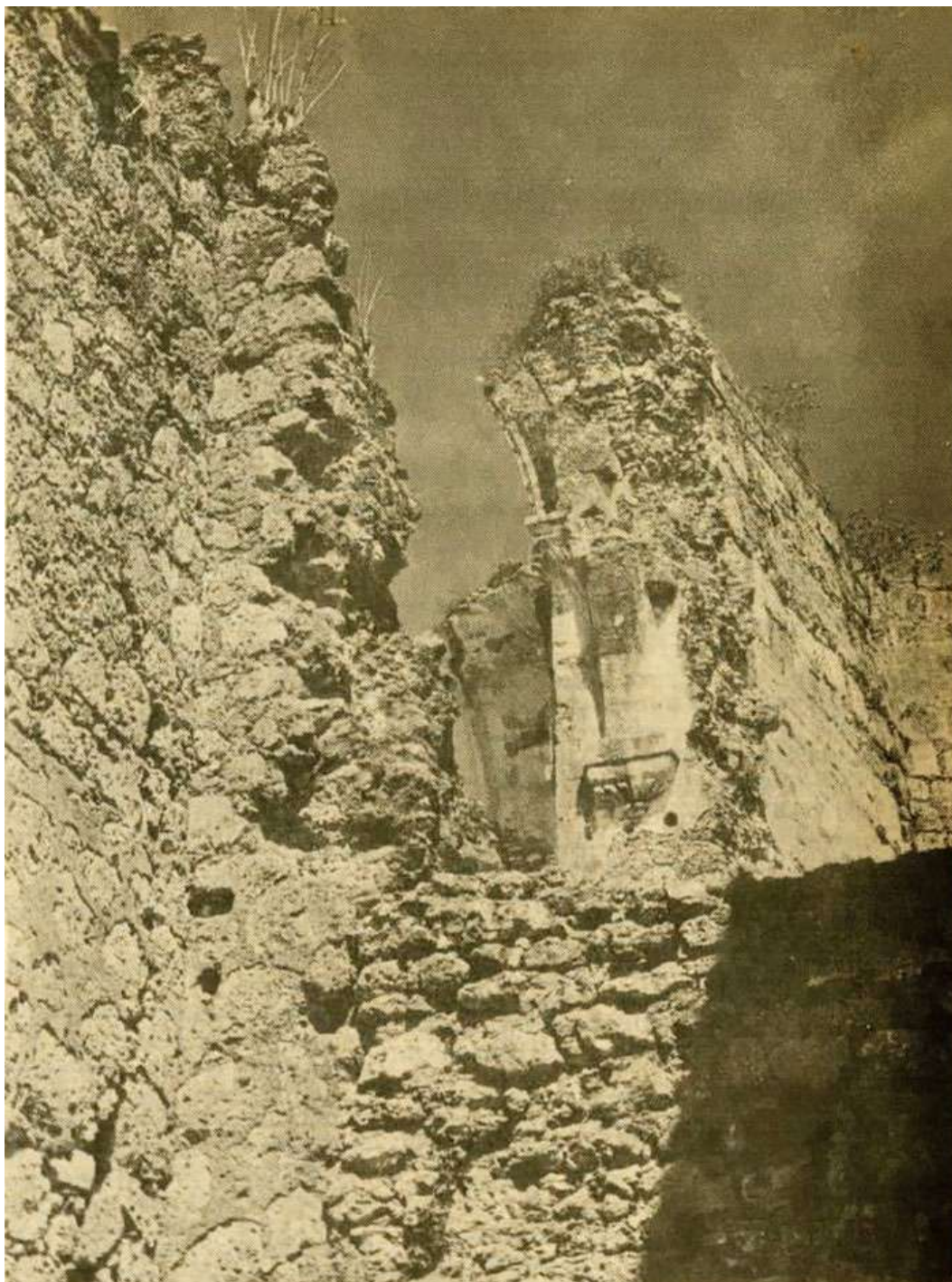
Nadie, ningún dominicano sensible a las cosas de su patria podrá llegar a Williamsburg, sin que le invada honda melancolía. Pero, ¿qué es Williamsburg? Una modesta villa en los tiempos de Washington, -casi desaparecida luego-, edificada junto al glorioso campo de Yorktown y no lejos de Jamestown. Un día, no distante, en la iglesia, un sacerdote de esos que hablan desde el púlpito de cosas útiles, se refirió a la significación histórica de la desmadrada villa de Williamsburg y a lo hermoso que sería reconstruirla, volverla a la vida, corporal y espiritualmente, como flor que pudiera rehacerse sin perder nada de su esencia. El opulento Rockefeller escuchó silencioso y se hizo el milagro: historiadores y arqueólogos, ingenieros y arquitectos restauraron la noble ciudad, envuelta en el mismo ambiente que fue tan familiar al padre de la patria americana. En la casa del gobernador volvieron a lucir las flores de antaño, junto a las viejas y relucientes armas. La servidumbre, los negros esclavos, volvieron a vestir el calzón corto y la ancha crinolina. Las aristocráticas carrozas volvieron a rodar sobre el empedrado de las calles. Así en la típica taberna, en "la casa del profesor del pueblo". En todas partes, los vetustos relojes, impertérritos en su marcha secular, parecían marcar horas de otro siglo lejano, que fueron interminables para las ansias de Martha Curtiss.



RUINAS DE SAN FRANCISCO

¿Por qué convertir esa honda y viva sensación de pasado en inexpresable melancolía? Era el dolor de la amada ciudad ausente, de la que más encarna nuestra patria; era el dolor de verla perder, cada da más, su arcaico porte, su noble estilo, su ambiente colonial, su austera fisonomía, sus antiguas murallas, como dama disoluta que rompiese su áureo cinturón de castidad. Era el dolor de que la perillustre Ciudad Primada no fuera otro Williamsburg.

¡Qué bello habría sido conservar intactas las viejas construcciones que respetó el tiempo, a veces manos demoledor que la ligera mano del hombre! Murallas y baluartes velarían el sueño de la romántica ciudad; San Nicolás de Bari sería aún la pétrea estampa de Nicolás de Ovando... Junto al derruido coro de la Catedral veríamos pasear las sombras de Oviedo y de Bastidas; y en los graves paredones de la Universidad veríamos el alba de la civilización de América. Desde el viejo palacio del Cabildo hasta la humilde casa de Chepita Pérez, donde nació la Trinitaria, libres de bastardas reconstrucciones, serían sagrados lugares de evocación y de meditaciones.



Ruinas de San Nicolás de Bari

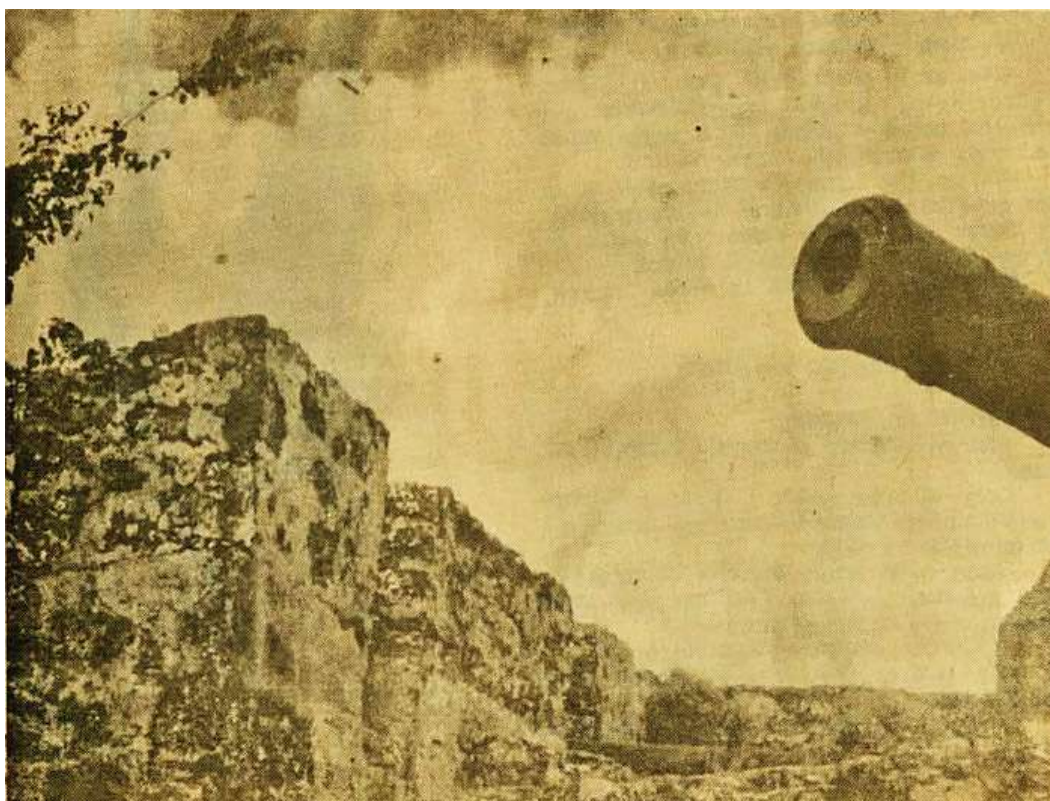
Ciudad utópica, en verdad, cuyo prestigio atraerla vigorosa corriente de viajeros, y que sin duda significaría más para la vida nacional, para la prosperidad y el progreso, que los inartísticos y grandes edificios construidos en violento contraste con el ambiente, como si junto a un óleo antiguo se colocasen las modernas fantasías de Picasso.

Todavía hay joyas de la arquitectura colonial, fatalmente amenazadas, que pueden salvarse de la profanación o de la destrucción. Todavía pueden evitarse casos como este: en erudito estudio acerca de la Formación de la casa dominicana, el Profesor Palm se refería a “una construcción de sabor gótico, de la casa número... de la Calle José Reyes, que ostenta un arco ojival-mudéjar...” Poco después de su hallazgo volvió el curioso investigador y halló lo insólito. El reconstructor, ¡Dios lo perdone!, había hecho desaparecer el bello arco ojival, quizás único en su género en toda la ciudad... ¡Qué lástima que no conociera a Williamsburg!

Cierto que es inexorable el infernal ariete del progreso; que la arquitectura de hoy se orienta hacia una nueva estética basada en "los triunfos del acero y del cemento", y que así la histórica ciudad pierde su antiguo estilo y adquiere aspecto cosmopolita. Es lo inevitable; lo relativamente inevitable.

Pero, ¿por qué no permanecería intacta, intramuros, creciendo y renovándose más allá de las viejas murallas?

El progreso debería de tener sus límites, cuando puede desviar su marcha frente a las cosas de la historia o del arte.



MURALLA DE SANTO DOMINGO, CONSTRUIDA POR LOS ESPAÑOLES PARA DEFENDER LA CIUDAD DE BUCANEROS Y PIRATAS

Revista ¡Ahora!, núm. 271, 20 de enero 1969, pp. 37-39.